

que no se sofoca en quince días, con una campaña sabiamente organizada, esta moribunda insurrección, debe tener en cuenta las palabras del secretario Fish, secretario de Estado de Washington: «que la insurrección continúe, dijo, conviene a aquellos que en La Habana, abastecen al ejército combatiente y que se lucran con la confiscación de las propiedades de los insurrectos, o de supuestos insurrectos». Y si V. E. recuerda que la continuación de la insurrección legitima la existencia de cuerpos de voluntarios, y que los coroneles de estos regimientos son los más ricos hombres de negocios y hacendados de Cuba, y que el hecho de tener a sus órdenes regimientos fieles y bien armados les asegura un absoluto dominio sobre la voluntad de las autoridades superiores, V. E. podrá ver, a través de la disimulación, la secreta verdad sobre esta insurrección interminable. No deja de ser cierto, sin embargo, que las condiciones en que se encuentran los insurrectos en lo más espeso y despoblado de los distritos de la Isla, el profundo refugio que encuentran en la inmensidad del bosque tropical, y la inclemencia de aquellas regiones, que destruye por la fiebre la salud de los soldados peninsulares, prolongan y erizan de dificultades las operaciones del ejército regular.

Pero esta insurrección, en realidad tan débil en el lugar de la lucha, tiene no obstante mucha fuerza, una fuerza incontestable. Su fuerza está en Madrid, en los cubanos allí residentes y en los abolicionistas; está en New York donde la comisión central de la insurrección y la emigración cubana, rica a pesar de todo, conspiran, preparan expediciones y minan por medio del poder americano el poder español; está también en La Habana, donde los más ricos de los cubanos se mantienen aparentemente fieles a España, pero secretamente inclinados a los revoltosos, al menos en la intención; por último la fuerza de esta insurrección está en la opinión del pueblo de los Estados Unidos, que es en su mayoría favorable a los cubanos, y en la influencia de ciertos periódicos que al ser, como el *New York Herald*, uno de los guías de la opinión, abogan apasionadamente y preparan lentamente la idea de una intervención americana. Tal es, a mi entender, el resumen de la insurrección.

Si tenemos en cuenta ahora lo que es el dominio español en la Isla, vemos lo siguiente: el gobierno de la metrópoli no tiene fuerza ni control sobre las autoridades de La Habana. Órdenes emanadas de Madrid son desatendidas aquí, y otras son dadas en desobediencia a las instituciones de la Metrópoli.

Quien gobierna la isla es el *Casino Español*. El Casino no es nada más que un *club* que, al contar entre sus dirigentes con los principales

banqueros y hacendados de La Habana, ha ido tomando gradualmente un gran ascendente político en todos los negocios; y como gracias a la organización de los cuerpos de voluntarios la mayor parte de estos ricos y dominantes individuos son coroneles de un regimiento, y además de ello todos los oficiales de los voluntarios pertenecen al Casino, sucede que este club, que alberga en su seno gran parte de la riqueza de la Isla y un ejército de cerca de cien mil voluntarios, se ha convertido en un cuerpo del Estado y es el árbitro de todas las cuestiones en las Antillas. De suerte que todas las autoridades superiores tienen su voluntad limitada por las resoluciones y por las opiniones del Casino.

Por otro lado, la Administración ha sido acusada últimamente de confusa e irregular. Las investigaciones especiales a las que se ha procedido dan como resultado la certeza de que existe una profunda corrupción en la Administración y en la Burocracia. Las oficinas de la Aduana están bajo la sospecha de haber cometido grandes fraudes; y las sucesivas destituciones a las que se ha procedido no consiguen poner orden en aquella desorganización. La extrema movilidad de los funcionarios los desmoraliza; porque saben que pueden estar en La Habana sólo el tiempo limitado que dura un ministerio, mal retribuidos, agobiados por la excesiva carestía de Cuba, pierden la energía y condescienden con la corrupción. De este modo, se calculan en «millones» los fraudes cometidos en la Aduana.

A todo esto se añade el terrible aspecto de la cuestión económica: de la plaza de La Habana ha desaparecido la circulación del metal. El interés del oro sube y con ello, paralelamente, se deprecia el papel. En este momento el oro está a un cuarenta por ciento de interés sobre Londres, y cada día sube medio punto. Una desconfianza generalizada paraliza el movimiento comercial, y la opinión financiera presiente la inminencia de una catástrofe. Además, el empréstito de veinte millones de pesos, autorizado por el Gobierno y contraído por la Isla, no pudo ejecutarse; y en virtud de la resistencia general a participar en él, el Casino Español ha propuesto y el Gobierno de la Isla ha aprobado, que cada contribuyente participase en el empréstito con una contribución siete veces superior, pretendiendo justificar este empréstito forzado con los argumentos generales de peligro, crisis y necesidad ineludible de mantener el orden.

Tal es el estado de las cosas en general. En cuanto a la cuestión del momento, la Emancipación, crea V. E. que ésta no se mira con hostilidad. Hace mucho que todos comprenden que la Emancipación es inevitable, y sólo hay divergencias en la manera de regularla. Aquí, la

Emancipación, aunque sea contraria a los intereses, no es contraria a las costumbres: el negro no es aquí el esclavo oprimido, azotado y brutalizado, como lo era en la Luisiana y en todos los estados del Sur. El negro aquí forma parte de la familia. Si la benevolencia hacia él no proviene de los buenos sentimientos proviene del egoísmo: el negro supone un capital de 1.200 ó 1.500 pesos que es necesario vigilar, se le alimenta bien, se le tratan las enfermedades, se le evitan las más penosas fatigas. Ellos mismos le toman un profundo afecto a la casa, y si de repente fuera decretada la emancipación *absoluta*, sin condiciones, la mayor parte no querría cambiar la regalada vida de los ingenios por la azarosa miseria de La Habana.

Así pues, la emancipación no encontrará dificultades en la Isla, y concedida esta satisfacción al sentimiento universal, creo que por algún tiempo se podrá lograr la pacificación de Cuba; al menos no veo lo que pueda dar fuerza *por ahora* a la insurrección: los elementos con que ésta cuenta son los mismos que tenía en 1868, débiles, ajados, desgastados y arruinados. Ningún impulso la ha vivificado. Las repúblicas españolas que rodean el golfo de México y las que se extienden hacia el sur, que tienen en su seno las más inextricables perturbaciones no pueden prestar atención a las independencias ajenas, ni querrían, de manera egoísta, comprometer su incipiente comercio con la península. Los Estados Unidos no tienen (una vez extinguida la esclavitud), un pretexto legítimo para la intervención, ni creo que con su egoísmo de nación rica y escéptica procuren un conflicto armado. Bien es cierto que existe, en los Estados Unidos, un fuerte partido que aboga por la intervención: se trata del partido de los especuladores de la alta administración, que después de haber devorado las riquezas del Sur, esperan que una intervención en Cuba tenga como consecuencia la anexión de la Isla a la Unión, y que hubiese ocasión de establecer sobre el rico territorio de Cuba un amplio sistema de explotación administrativa. Es un partido que, como los antiguos prefectos de Roma, necesita tener siempre una provincia que devorar, y como ya han agotado la Luisiana y el Mississippi y otras provincias del Sur, dirigen su mirada a la opulencia de Cuba. Es este partido, que ahora se ha hecho famoso con el asunto del *Crédit Mobilier*, el que más piensa en la intervención; porque aunque la generalidad de la opinión en los Estados Unidos es favorable a los insurrectos, ello procede más bien de la aversión a la raza española que de la simpatía hacia la gente cubana. Y si bien no pretendo explicar esta antipatía entre españoles y norteamericanos, debo decir a V. E. que este es el sentimiento más vivo y más unánime de la Isla: la idea de

una guerra con los Estados Unidos es tan general y tan bien aceptada en Cuba, como lo era en Francia la idea de una guerra con Prusia. Todas las clases están de acuerdo en este odio gratuito, y he escuchado declarar a españoles influyentes que perderían con gusto la riqueza de la Isla para derrotar a los americanos. Y la verdad es que la antipatía y la reserva se acentúan cada vez más entre Cuba y los Estados Unidos. Los periódicos de La Habana hablan muchas veces abiertamente de guerra. Un suceso muy peculiar ha venido últimamente a probar esta latente hostilidad. Al comienzo de la insurrección en Cuba, la Isla comprendía y justificaba la curiosidad que los Estados Unidos tenían por los asuntos internos de las Antillas: la proximidad, las relaciones, el comercio, los poderosos intereses, todo la legitimaba, y se llegaba a permitir que los *reporteros* de los periódicos americanos más afectos a la Independencia, viniesen a Cuba y pasaran al campo de los insurrectos para observar la verdad sobre el terreno. Últimamente, sin embargo, la más leve mirada, la más superficial atención que los Estados Unidos presten a los negocios internos de Cuba, irrita profundamente al elemento español, hasta el punto de que cuando hace poco el *reportero* del *Herald* pidió pasar al campo insurrecto, para investigar sobre el estado de la insurrección, el coronel Morales, comandante del Departamento Oriental dio esta singular respuesta:

– El *reportero* del *Herald* puede ir donde quisiere y como quisiere, no obstante si se le encontrase viniendo del campo insurrecto, será preso y tratado como espía por las leyes de la guerra.

V. E. puede suponer muy bien la indignación de los periódicos americanos. El *reportero* pasó, sin embargo, a las líneas insurrectas, y esta cuestión pendiente produce alguna inquietud.

En cuanto a la opinión de la Isla sobre los recientes acontecimientos de España no se manifiesta claramente. Las autoridades se adhirieron a la República, pero sus antecedentes son conservadores. Además, la prensa no puede esclarecer la cuestión, porque la censura previa le corta sin piedad toda tentativa de apreciación independiente, y ni siquiera se conoce bien la verdad, porque los telegramas están sujetos a censura y sólo se publica lo que la Secretaría del Gobierno consiente. Creo, no obstante, que la opinión dominante es alfonsina. Pero, en general, la gran distancia, el egoísmo de los negocios, las preocupaciones por la política de la Isla, hacen que la opinión se vuelva bastante indiferente a lo que pasa en la Península. La Habana es una ciudad de negocios y de rápido enriquecimiento. Los ánimos no se inclinan a apreciaciones de principios o de gobierno. Mientras haya orden y nada perturbe las for-